

relato del Almirante á un arreglo hábilmente concebido, para dar de esta manera una leccion indirecta al rey Fernando porque violaba sus compromisos para con él.

No se detendrá nuestra pluma en discutir esta odiosa imputacion; un solo hecho bastará para destruirla.

La prueba de que no hay fundamento para ver aqui una leccion indirecta dada á los Soberanos de Castilla, es que, en la misma carta en que Cristóbal Colon refiere dicha vision, no se vale de ningun rodeo para recordar á los Reyes Católicos la manera tan afrentosa como injusta con que se le despojó de su gobierno; reclamar su restablecimiento en sus cargos, dignidades y honores, y pedir, por complemento de justicia, el castigo de sus enemigos.

Todo esto es muy claro, muy directo. Parécenos que no hay en todo ello, ni alusion fina, ni medio indirecto. En realidad de verdad no solia andar Colon por sendas tortuosas; ni entraban en sus procedimientos bajo ningun concepto la fábula ni la ficcion.

Continuemos la relacion.

Cuando Colon salió de su abatimiento, sintióse fortalecido, pero el tiempo no mejoraba. Su constancia fué nuevamente probada por espacio de nueve dias. El mar sosegó finalmente su ira. Durante ese tiempo, el fiel Diego Méndez, en su calidad de secretario principal de la escuadra y de comisario de marina, habia combinado los medios para reunirse lo más pronto posible con el Almirante, sacrificando el menor número de objetos que fuera posible. Pasó cuatro dias haciendo sacos de las velas inútiles del *Gallego* en los que metió la galleta que quedaba. Despues se apoderó de dos botes indios, juntólos fuertemente con esparto, construyó con tablas una cubierta en la que embarcó la pólvora, la galleta, las herramientas y objetos de cambio; hizo atar por medio de cables detrás de esta embarcacion los barriles de aceite, de vino y de vinagre, y tan pronto como el mar lo permitió, la lancha del *Gallego*, gobernada por los mejores remeros, remolcó aquel material y lo trajo á las carabelas. Despues volvió sucesivamente á buscar lo que podía embarcarse. En siete viajes quedó transportado todo á las carabelas.

Diego Méndez tuvo el valor de quedarse el último en tierra con cinco hombres y vigilar para que no se perdiera nada inútilmente; llegada la noche, se embarcó cuando todo estuvo terminado. Habíase retirado del *Gallego* todo cuanto podia utilizarse; el casco del buque roto y abierto por todas partes quedó abandonado en el rio. Recibióse con indecible alegría á los compañeros que se habian creído perdidos, causando su llegada un júbilo general. El Almirante, lleno de cariño para con sus servidores y de afecto para cuantos cumplieran con su deber, dió públicamente las gracias á Diego Méndez, á quien abrazó cordialmente varias

veces mientras le hablaba y le besó en ambas mejillas (1). Nombróle su capitán de bandera, dióle el mando de la *Capitana*, y se complacia en multiplicar las pruebas de la confianza con que le honraba.

§ IV.

Hacia últimos de abril, en la noche del santo día de la Pascua, el Almirante dió la orden de partida «en el nombre de la Santísima Trinidad.»

Las tres carabelas desplegaron sus gastadas velas, y navegaron hacia la Española, á donde importaba ir lo más pronto posible para carenar los buques y abastecerse de viveres y municiones.

La persistencia del mal tiempo y la increíble sucesion de tempestades aterrabilaba á los marineros al propio tiempo que agotaba sus fuerzas. Los pilotos no encontraban ya ninguna explicacion á aquellos rigores de la atmósfera. Las tripulaciones estaban persuadidas de que los muchísimos magos de la costa habian reunido los esfuerzos de su tenebroso arte, para alejar las naves y hacerlas perecer. Por otra parte, los habitantes de las comarcas visitadas por las carabelas atribuian á la proximidad de aquellos desconocidos los desórdenes atmosféricos y aquellos extraños trastornos. Hubieran dado cuanto poseian en el mundo para que aquellos extranjeros no se detuvieran una hora entre ellos (2). En la inaudita furia de los elementos conjurados contra sus carabelas suponía Colon un supremo esfuerzo del enemigo de la salvacion á fin de oponerse al cumplimiento de sus votos.

Es innegable que aquel viaje emprendido á fin de abrir paso á la cruz en la inmensidad del Océano, y devolverla á Europa por la circunnavegacion del globo, encontró en los vientos, aguas, y meteoros acuosos é igneos, una oposicion tan violenta como excepcional; y que la tenacidad de Colon en la lucha fué el mayor ejemplo de la constancia humana contra unas fuerzas que en tal grado exceden á los medios humanos. Los marinos curtidos en las borrascas no habian oido nunca hablar de semejantes peligros en el mar; jamas las carabelas habian experimen-

(1) Diego Méndez. — «Lo cual el Almirante tuvo á mucho, y no se hartaba de me abrazar y besar en los carrillos por tan gran servicio como allí le hice, y me rogó tomase la capitania de la nao Capitana, y el regimiento de toda la gente y del viaje.»—*Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*

(2) «En Cariay y en esas tierras de su comarca, son grandes fechiceros y muy medrosos. Dieran el mundo porque no me detuviera allí una hora.»—Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

tado tan poderosos empujes, ni sostenido tan frecuentes embestidas. Todavía no se había visto semejante obstinación en la ira del Océano. El secreto enemigo de Colon, el notario Diego de Porras, que en su Relación intentaba disimular las dificultades de aquella navegación, con el objeto de mostrar que las disposiciones tomadas por el Almirante eran el efecto de un mero capricho, se ve forzado á confesar que aquel año se experimentaron extraordinarias contrariedades (1). Aquellas inclemencias atmosféricas, aquella verdadera hostilidad de los elementos habían asombrado profundamente al joven Fernando Colon, por más que mostrara un gran valor para no agravar las angustias de su padre. Más adelante, después de haber atravesado varias veces el Atlántico, cuando escribió su historia, habiendo una experiencia de treinta años modificado sus ideas cosmográficas, parecíale imposible lo que él había visto y padecido durante aquella campaña. Desconfió de sus propios recuerdos, temeroso de las exageraciones de una imaginación juvenil; y para comprobar la fidelidad de su memoria, consultó la relación de un oficial con quien había navegado, el noble Diego Méndez (2), y en ella halló la justificación de sus primeras impresiones.

Conociase que había algo insólito, formidable y agresivo en el carácter de los trastornos atmosféricos, de los furiosos pelágicos, de las variaciones de vientos incesantes pero siempre contrarios al derrotero de Colon, que le impedían lo mismo avanzar que retroceder á lo largo de las costas. Aquellas contrariedades parecían realmente combinadas para obligarle á internarse en alta mar, y alejarse por siempre de aquella tierra nueva. El historiador real Herrera quedó también asombrado de aquella furia nunca oída en los anales del mar, verdadera rebelión del Océano. «Porque, dice, no bien salían de un puerto, parecía que los vientos acechaban su salida, para acometer poco después con toda su fuerza aquellas naves, como contra rocas que hubiesen podido resistirles; y de esta manera, por la fuerza de los vientos eran empujados ahora hacia el Oriente, y poco después eran arrojados por otros impetuosamente hacia Poniente, pero de tal manera y tan á menudo, que el Almirante y cuantos estaban con él no sabían qué partido tomar (3).» Es positivo que desde entonces ninguna exploración marítima en lo restante del globo, ni viaje alguno posterior en aquellos mares fué ya de tan cruel

(1) «La costa es bien temerosa ó lo hizo parecer ser aquel año muy tempestuoso, de muchas aguas é tormenta del cielo.»—Diego de Porras, *Relación del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colon*.

(2) «E fu ciò cosa tanta strana e non mai piú veduta, che io non avrei replicate tante mutationi, se oltra l'esser mi trovato presente, non l'avessi veduto scritto da Diego Mendez... Il quate ancora scrisse questo viaggio.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*, Década 1.^a, lib. V, cap. ix.

manera atribulado. Los marineros más curtidos en el mar, abrumados por la fuerza invisible contra la que luchaba Colon, tenían apuradas sus fuerzas por el mareo, por los incalificables caprichos de los vientos y la violencia de las olas, que á cada empuje echaban á perder las carabelas. Aquella campaña quebrantó constituciones robustas y debilitó temperamentos fuertes. Los buques se encontraban en peor estado todavía que las tripulaciones.

Con todo, no pudiendo resignarse Colon á la idea de que no existiera el Estrecho en aquellas aguas, quería continuar buscándolo; y no obstante el parecer contrario de los pilotos y el espanto de las tripulaciones, mandó gobernar al Este en lugar de dirigirse al Norte. Como quiera que las disputas de los oficiales acerca del derrotero seguido y del que debía seguirse, que cada uno de ellos consideraba con arreglo á los mapas que habían levantado, podían ocasionar graves desórdenes, por el estado de los ánimos, con aquella superioridad de mando que se le conocía, se apoderó de las cartas geográficas de los pilotos é impuso silencio á todos (1). Después de haber andado treinta leguas, eran tan considerables las vías de agua de la *Viscaina*, que fué preciso abandonarla, repartiéndose su tripulación entre la *Capitana* y el *Santiago de Palos*. No por esto dejó el Almirante de continuar su derrotero. Pasó á la altura del puerto del *Retrete*, y atravesó después el grupo de las islas Barbas, que pertenecían al Cacique Pocorosa. Aproximóse nuevamente á tierra, pasó el cabo de San Blas, y se adelantó diez leguas más al Oeste.

El Almirante continuaba su exploración con sus naves cribadas y casi sin viveres. El día 1.^o de mayo, horrorizados justamente los pilotos por la situación en que se veían, le hicieron presente el estado de los buques y el desfallecimiento de las tripulaciones extenuadas por las privaciones y fatigas, insistiendo todos en sus observaciones. Entonces Colon mandó gobernar directamente al Norte. Durante dos días tuvo un viento favorable. Sus oficiales temían haber sido empujados al Este del archipiélago Caraiibe, mientras que el Almirante, al contrario, temía haber sido arrastrado al Oeste del cabo San Miguel, como había sucedido efectivamente (2).

(1) Humboldt acusa al Almirante de haber abusado de su autoridad por confiscar las cartas geográficas de los pilotos, y quedar de esta manera único dueño del derrotero por el que podía llegarse á aquellas nuevas regiones. El testimonio de un enemigo de Colon, el notario Diego de Porras, viene á darle un mentís, mostrando cuál era el estado de los ánimos á bordo, y justificar de esta manera la prudente medida adoptada por el Almirante—«Los marineros no traían ya carta de navegar que se les había el Almirante tomado á todos: se decían que el yerro que se hizo al principio había causado gran desconcierto en el descubrir.»—Diego de Porras, *Relación del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante D. Cristóbal Colon*.

(2) «E ancor che tutti i piloti, dicessero che noi saressimo passati al levante delle isole de Caribi, l' Ammiraglio non dimeno timea di non poter pur prendere la Spagnuola; il che se verifico.»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. c.

El 2 de mayo llegó el Almirante á dos islas tan cubiertas de tortugas que les dió este nombre. Las corrientes y los vientos contrarios les empujaron otra vez á las hondonadas de los *Jardines de la Reina*, aunque lo había calculado todo para evitarlas. La impetuosidad del mar le obligó á retroceder y ponerse á la capa. Las provisiones se habían agotado casi del todo: ya no quedaba más que una corta cantidad de galleta, ajos, aceite, vinagre, y en las naves penetraba el agua por todas partes. Día y noche funcionaban incesantemente las bombas.

En tan triste y desesperada situación les asaltó una furiosa tempestad.

El Almirante perdió sucesivamente tres áncoras en el intervalo de pocas horas. Á media noche se rompieron los cables del *Santiago de Palos*, y esta carabela fué á chocar tan violentamente con la *Capitana*, que le hizo pedazos la popa y se sumergió la parte superior de la proa. «Maravilla fué que las dos no se hicieran astillas (1).» El mar continuó bramando furiosamente durante seis días, al cabo de los cuales continuó el Almirante su camino. «Había perdido ya, dice él mismo, todos mis aparejos; mis buques estaban llenos de agujeros más que un panal de abejas, y las tripulaciones completamente desmoralizadas.» Llegó á Macaca, en la costa de Cuba, para tomar algún descanso y procurarse algunos víveres. Desde allí hizo cuanto pudo para llegar á la Española, pero el impulso de las corrientes y de los vientos le arrojaron mucho más abajo. El agua entraba por tantos agujeros y aberturas, que, no obstante el trabajo de tres bombas, de las cubas, de los cuezos y de las calderas, no se la podía agotar (2).

La tempestad prosiguió con mayor furia.

El *Santiago de Palos* se vió obligado á refugiarse desde luégo en un puerto. La *Capitana* quiso mantenerse en el mar á pesar de la borrasca. El agua subía tan alto durante la noche que estuvieron á punto de zozobrar. «No sabían qué remedio tomar para salir de tan grave apuro; ni su fuerza ni habilidad podían vencer el agua que se les introducía, á pesar de que trabajaban continuamente en las bombas. El agua subía ya hasta la cubierta (3),» el Almirante lo refiere, «y mi navío estaba á punto de sumergirse, cuando Nuestro Señor me condujo milagrosamente á tierra (4).»

(1) Cristóbal Colón. — «Y á la media noche, que parecía que el mundo se ensolvía, se rompieron las amarras al otro navío, y vino sobre mí, que fué maravilla como no nos acabamos de se hacer rajás.» — *Carta á los Reyes Católicos, fechada en Jamáica el 7 de julio de 1503.*

(2) «Di giorno e di notte non lasciavamo di seccar l'acqua in ciascuno di essi con tre trombe; delle quali se si rompeva alcuna era di mestiere, mentre si acconciava, che le caldiere supplissero, e l'ufficio delle trombe facessero.» — Fernando Colombo, *Vita dell'Ammiraglio*, cap. c.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*, Década 1.^a, lib. VI, cap. II.

(4) «El navío se me anegó, que milagrosamente me trujo Nuestro Señor á tierra.» — Cristóbal Colón, *Carta á los Reyes Católicos, escrita en la Jamáica el 7 de julio del año 1503.*

El 23 de junio, al asomar el día, la *Capitana*, seguida muy luégo del *Santiago de Palos*, fué arrojada á la costa norte de la Jamáica, á un puesto muy abrigado, pero inhabitado, y hasta faltó de agua dulce. Era la víspera de la fiesta de San Juan Bautista, que las tripulaciones celebraron.

El día siguiente, entre peligros y fatigas indecibles, siguieron la costa buscando un asilo más al Este. El Almirante reconoció hacia el centro de la parte Norte de la isla (1), la soberbia abra que había descubierto cuando vió por primera vez la Jamáica, puerto cómodo y seguro, rodeado de encantadores sitios y que en su primer arranque de admiración, había llamado el puerto de SANTA GLORIA (2).

Aquella tierra tan agradablemente hospitalaria estaba muy poblada y abundaba en todas las cosas necesarias para la vida. No fué el Almirante el único que reconoció allí una bondad particular de Dios. Su capitán de bandera, el bravo Diego Méndez, consideró aquel acontecimiento como un acto de la misericordia divina. El real historiador Herrera, al referir ese arribo á la Jamáica, dice también: «Dios favoreció en gran manera al Almirante en aquella ocasión (3).» No podía vararse en una costa que ofreciera mayores recursos. Parecía escogida de intento.

La bahía de Santa Gloria estaba resguardada del impetu de la gran corriente que va de Este á Oeste por las líneas de la costa, que, á derecha é izquierda amortiguaban la fuerza de las olas debilitadas ya en lontananza por el promontorio Hat al Oeste, y el cabo Drax al Levante (4). El encuadramiento de la costa, tan ricamente poblada de árboles, la guarecía de las sacudidas de los vientos de tierra. Tres ríos cubiertos de sombras deliciosas desaguaban al Este sus corrientes vivas y frescas. En las cercanías abundaban toda clase de frutos muy superiores á los de las demás islas. La población de Maima, distante apénas un cuarto de legua, coronaba una agradable colina. El Almirante mandó varar primero el *Santiago de Palos*. Aunque la *Capitana* estaba llena de agua hasta la cubierta, y que todos se admiraban de que ya no estuviera á pique, Colón parecía querer probar de hacerse otra vez á la mar. No tomaba una resolución definitiva respecto á su carabela: no dió la orden de vararla hasta al cabo de algunos días, cuando hubo visto que sería tentar á Dios el querer ir más allá con un navío que ya no gobernaba y que no se sostenía sino por un prodigio (5).

(1) «El puerto que se diz de Santa Gloria, que es casi en el medio de la parte septentrional.» — Cristóbal Colón, *Nota escrita en la página LIX del libro de las profecías.*

(2) Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. CXXV, Ms.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*, Década 1.^a, lib. VI, cap. III.

(4) Véase el gran mapa de la isla levantado por orden del gobierno inglés. — MAP OF JAMAICA, in the colonial office and Admiralty.—By John Arrowsmith.

(5) En las últimas notas del Diario de Diego de Porras, á pesar del evidente error del nombre del mes, se

Ataron entónces la *Capitana* á babor del *Santiago de Palos* y la aseguraron en sus costados por medio de fuertes tablones. Con todas las piezas de las arboladuras inutilizadas, y tabiques interiores que se pudieron quitar, se construyeron unos cuantos barracones en la popa y la proa de las dos carabelas, cubriéndolas además con paja. Á fin de evitar toda causa de altercado con los naturales, el Almirante prohibió que nadie saliera de á bordo.

El capitán de bandera Diego Méndez, á quien, á pesar de su título puramente honorífico, encargaba el Almirante la distribución de los víveres, acabó de dar la última ración de galleta y de vino, y el hambre se presentó en las carabelas. Nadie se atrevía á pedir permiso para bajar al objeto de ir á buscar víveres. En aquellas terribles circunstancias brillaron otra vez con todo su esplendor la fe y la intrepidez del fiel escudero de Colon.

Ofreció al Almirante sacrificarse.

En su consecuencia, tomando una espada y haciéndose acompañar por tres hombres animosos, se internó en la isla. Es evidente que estaba perdido si hallaba indígenas tan belicosos como los de Río Belén; pero conforme lo dijo él mismo, «plugo á Dios que hallara gente muy mansa que no le hicieron mal alguno, se recrearon con él y le dieron víveres de buena voluntad (1).»

El capitán de bandera se puso de acuerdo con el Cacique de Aguacabilda para el suministro regular de una cantidad determinada de peces, aves, agutis y pan de cazabe, que se le pagaría entregándole cascabeles, peines, cuchillos, anzuelos y granos azules con los que los indígenas fabricaban collares. Diego Méndez envió en seguida uno de los españoles al Almirante, para que mandara recibir y pagar aquellas provisiones. Encaminóse luego tres leguas más al interior, hizo un arreglo parecido con otro Cacique, y envió también al Almirante á uno de sus compañeros para darle cuenta de la compra. Continuando su camino, llegó el capitán de bandera á casa del gran Cacique de Huareo, que residía á trece leguas de Santa Gloria. El jefe le acogió perfectamente, prometiéndole entregas diarias de víveres, entrególe al momento todo cuanto le pidió, y Méndez en seguida envió al Almirante á su tercer compañero.

Confiado en Dios, atrevióse á quedarse solo, y arriesgarse en la parte oriental de la isla. Y por cierto que tuvo feliz inspiración. Llegó á tierras del Cacique Ameyro, que trabó inmediatamente estrecha amistad con él, cambió su nombre

reconoce por las fechas y los nombres de los días donde se efectuó esa varada, que la *Capitana* no fué sacrificada sino algunos días después que el *Santiago de Palos*.

(1) «Y plugo á Dios que hallaba la gente tan mansa que no me hacían mal, ántes se holgaban conmigo y me daban de comer de buena voluntad.» *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*

con el suyo, consintió en venderle un bote muy bueno, y le prestó seis remeros para que le condujeran sin fatigarse á donde quisiera. Diego Méndez le dió en recompensa un platito de latón que tenía en su manga, un sayo y una de las dos camisas que poseía. Llenó el bote de víveres y volvióse á toda prisa á donde estaba el Almirante. En aquel momento no había ya en las naves ni un sólo pedazo de pan para comer (1).

Las tripulaciones, que ya se veían amenazadas del hambre, recibieron al valiente Diego Méndez con transportes de alegría. El Almirante le abrió sus brazos y le recibió en ellos afectuosamente, estrechóle muchísimas veces contra su corazón, y distinguió públicamente este nuevo servicio. Su corazón tan generoso, tan grande para el agradecimiento, apreciaba dignamente la abnegación de su celoso servidor. No se limitaba á mirarle con admiración, sino que daba gracias también á su Divina Majestad por su evidente protección. Diego Méndez es quien lo refiere: «Daba gracias á Dios, porque me había llevado y traído sano y salvo de aquellas gentes salvajes (2).» Á contar desde aquel momento, cada día se vieron llegar buques de indios enteramente cargados de víveres.

Con el objeto de aliviar al capitán de bandera, escogió el Almirante dos oficiales muy dignos para que presidieran los cambios. Muchos botes extranjeros de las tribus de los Caciques visitadas por Diego Méndez fueron también á traer provisiones. Aquella concurrencia fué causa de que se estableciera una especie de precio corriente. De esta manera, por un par de agutis grandes se daba un herrete de agujeta; por una cesta de pan de cazabe, algunos granos de vidrio azul; por armas y utensilios un cascabel. Las tijeras, espejos y gorros encarnados, se reservaban para ser regalados á los Caciques.

(1) «Al tiempo que yo llegué á las naos no había en ellas un pan que comer.» *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante Cristóbal Colon.*

(2) «Dando gracias á Dios que me había llevado y traído á salvamento de tanta gente salvaje.» — *Relacion hecha por Diego Méndez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*